

LA CALLE

EL LIBRO ROJO DE RAQUEL

Mónica Martín



EL LIBRO ROJO DE RAQUEL

EL LIBRO ROJO DE RAQUEL

© Mónica Martín

© De la imagen de portada, Helga Weber

Diseño de cubierta: Dpto. de Diseño Gráfico Editorial La Calle

1ª edición

© Editorial La Calle, 2014.

Editado por: Editorial La Calle

C.I.F.: B-92.041.839

Avda. El Romeral, 2. Polígono Industrial de Antequera

29200 ANTEQUERA, Málaga

Teléfono: 952 70 60 04

Fax: 952 84 55 03

Correo electrónico: editoriallacalle@editoriallacalle.com

Internet: www.editoriallacalle.com

Reservados todos los derechos de publicación en cualquier idioma.

Según el Código Penal vigente ninguna parte de este o cualquier otro libro puede ser reproducida, grabada en alguno de los sistemas de almacenamiento existentes o transmitida por cualquier procedimiento, ya sea electrónico, mecánico, reprográfico, magnético o cualquier otro, sin autorización previa y por escrito de EDITORIAL LA CALLE; su contenido está protegido por la Ley vigente que establece penas de prisión y/o multas a quienes intencionadamente reprodujeren o plagiaran, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica.

ISBN: 978-84-16164-17-2

Nota de la editorial: Editorial La Calle pertenece a Innovación y cualificación S. L.

MÓNICA MARTÍN



EL LIBRO ROJO DE RAQUEL



Editorial La Calle
ANTEQUERA 2014

Índice

[Portada](#)

[Título](#)

[Copyright](#)

[Índice](#)

[Nota](#)

[Dedicatoria](#)

[Agradecimientos](#)

[Introducción](#)

[MEMORIAS DE UN FUGITIVO CONVERSO 10](#)

[LA INGENIERA DE SUEÑOS MENSAKA](#)

[HOPE THERE'S SOMEONE](#)

[9](#)

[HORTALEZA, 66](#)

[U.S.A.](#)

[8](#)

[PLAZA DE LOS CUBOS, 3](#)

[IF IT BE YOUR WILL](#)

[7](#)

ANGIE

YELLOW SUBMARINE

6

FUENCARRAL, 116 (HOJAS SECAS)

YOU ARE MY SISTER

5

ACID HOUSE

POOL DANCE

4

UNA SIMPLE CARTA

ALL BECAUSE OF YOU

3

116, FUENCARRAL, 19:30 H

YOU DON'T OWN ME (BLOW MONKEYS)

2 PELOCHO

ARCHIE'S BAR

THE SHIRELLES - WILL YOU STILL LOVE ME TO-
MORROW?

1

AV. WONDERLAND S/N

0

CASSANDRA

Nota de la autora

Los personajes así como los hechos narrados son ficticios, cualquier coincidencia con la realidad es pura casualidad.

*Quiero dedicarle este a libro a Daniella, el proyecto más bonito que he emprendido en mi vida y que ya viene en camino y a Raquel, mi fiel compañera de vida, sin la que estoy segura, no habría conseguido jamás acabar este libro. Ha sido su apoyo constante para que tomara las riendas de mi voz interior lo que ha declinado la balanza para que al final, tú, lector, tengas este libro en tus manos.
Gracias por todo lo que me das.*

AGRADECIMIENTOS

Quiero dar las gracias a la Editorial LaCalle por presentarme su proyecto y darme la oportunidad de publicar un libro que sé que es complicado, en el fondo y en la forma.

Quiero dar las gracias a todas la personas que día tras día siguen mis locuras cibernautas, que se leen todo lo que escribo, difunden mis textos, comparten con sus amigos la experiencia y disfrutan cada una de mis paranoias literarias. Es una constante sorpresa ver que siguen todos mis proyectos y los apoyan incondicionalmente.

Y por último me gustaría darle las gracias a familiares, amigos y compañeros en el camino literario que siempre han tenido una palabra de fuerza para que este libro saliera adelante. Sin vosotros no vería la luz.

Aspiro. Las olas me separan de ti. Siento la sal mezclarse con la uñas sucias de mis pies. Quiero lavar las escamas que soltaría si fuera pez, pero no soy un pez. Soy un sucio humano que lucha por un poco de oxígeno. No me siento nada en especial. A mi alrededor miro, las familias que se asoman a esta playa del sur, donde la línea con el horizonte comienza y yo mismo, mi alma, se apaga. Todos van subiendo. Al fin llega mi barca. Todo es luz y claridad. Todo es el momento exacto en el que decidiste convertirte en algo distinto a lo que realmente eres.

MEMORIAS DE UN FUGITIVO CONVERSO

10



Es fácil pasar desapercibido entre la multitud, incluso aquí en una ciudad costera en la que todo el mundo, casi, se conoce. Entro en la farmacia. Pido ibuprofeno, vendas, alcohol y tiritas. Una crema para evitar las quemaduras solares. Pregunto por algo eficaz que termine con la diarrea y los vómitos de un solo plumazo. La farmacéutica me mira extrañada y me pregunta si abuso del ibuprofeno. Apunta a que tal vez el problema sería ese. Muy profesional, asegura que lo mejor sería que tomase un protector para el estómago. Es redonda. Como una hogaza de pan. Al minuto me creo con el derecho a juzgar su dieta. Estoy convencido de que en el fondo somos lo que comemos y en ella no puedo ver otra cosa que una cantidad ingente de harinas y grasas saturadas. Entonces, lo noto. Algo dentro de mí, como una palanca que se dispara y siento cómo las pupilas, las venas, los músculos se dilatan y estallan.

El psiquiatra me había advertido sobre ello. Juntos habíamos aprendido a detectar los síntomas previos al acto. La palanca, el suelo rojo. La lava socióloga subiéndome por la garganta. El crepitar de la rabia accionando actos impulsivos de los que luego podría arrepentirme o no, pero que podrían suceder. Pasan dos minutos. Quiero comerme la

hogaza de pan. Me la como o me como el ibuprofeno mezclado con anti-revulsivos y Fortasec. Son dos opciones. Dos. Sé contar. Ella no quiere darme lo que necesito para esta noche. Me lo da o salto el mostrador. Que yo no le he pedido que cuestione mis hábitos farmacológicos, ni lo delgado que estoy, ni si la última vez que me lavé fue en la playa. Que no le he pedido que me tenga compasión, ni que haga de madre, ni que se fije en que tengo los ojos tristes y acuosos. Que no le he pedido una solución, que una solución ya la busqué yo y fui de médico en médico, y lo puse todo de mi parte y todos llegaron a la conclusión de que tenía que tomar esas putas pastillas que no me permitían enlazar dos palabras seguidas. Te volverán gilipollas, a base de darte tranquilizantes. Te quitarán la capacidad de volver a ser una persona. Rara, distinta, un poco especial, pero que seguro que alguien podrá querer. Sigue preguntándome, pero ya no distingo las preguntas. Que me duele la cabeza, maldita hogaza de pan barato.

Se acabó. Salto. Hay una duda profesional en sus ojos, pero al instante toma contacto con la realidad. Lo nota. El salto ha sido real. No es un sueño, está sucediendo lo que en realidad está sucediendo. Retrocede hacia los estantes que salvaguardan las tiras para no roncar por las noches y, por más turistas borrachos que ha visto y ha aprendido a manejar, no termina de encajar lo que está pasando. Esto es la costa, cuánta gente no habrá vomitado en su mostrador. Cuánta no habrá robado condones o tirado las cremas solares por el suelo. Cuántos yogures en manos de niños malcriados no habrán terminado estallados en el suelo. Todo perfectamente admisible, menos esa fiera rara, sobria y delgada, que salta por encima del cristal con el objeto de robarle o algo peor, puede que crucificarla. Ahora se imagina a Dios, allí arriba, y reza, o dice que reza, porque las hogazas de pan no saben rezar nada más allá de lo que les inculcaron siendo muy pequeñas. Teme algo en mí que en nadie más ha sospechado. Teme que le quite el alma. Teme que la mate.

Es una creencia extraña esa que tenemos los humanos. La de que nos van a robar el alma cuando van a matarnos. Como si todavía nos quedara de eso, como si todavía la necesitáramos para justificarnos.

El aire patina a nuestro alrededor como los compases de un vals. De pronto, me veo vestido de blanco con un bastón en la mano y saltando por encima del mostrador de cristal, dejando en el quicio de la mesa un rastro de la suela de mis zapatos. Gravilla y arena, rompiendo un poco el borde. Lanzando un chasquido al silencio pétreo que nos domina. Ven, cariño. Veo que hay en tus ojos un poco de pánico y también un poco de esperanza, parece que en realidad temes que vaya a encastillarme sin tomar antes un poco de protector. Será eso, o que tal vez mis manos ya se han apoderado de tu garganta.

Oigo el bullicio de la calle. El gorgojo de su saliva luchando por salir al paso en el denso aire malagueño. La empujo contra la estantería para cortar la salida, pero todavía dejo que respire. Cuando empujas a alguien que tienes sujeto por la garganta, termina por ceder ante ti. Es lo que necesito, que ceda. Nace el miedo en sus ojos, después de eso seguramente podría robarle el alma. Algunas cajas de medicinas y suvenires de farmacia para gordos e insomnes caen por encima de nosotros como si fueran confeti. Veo un estadio lleno de gente aplaudiéndonos, un presentador vestido con un esmoquin de color azul intenso, con las solapas de la chaqueta llenas de lentejuelas. Con su amplia sonrisa, le dice al público que nos hemos llevado el bote. Parece que acabamos de ganar un premio. El premio a la pareja del año. Un enorme foco nos ilumina y una canción de Queen rompe los bafles. La gente que ocupa el estadio se levanta emocionada y nos aplaude. Sin embargo, no se quiebra. Ella todavía no llora, se mantiene roja, casi violácea, luchando por zafarse de mis garras, pero inaccesible. Me araña la cara con sus uñas rojas como la sangre. Eso hace que me enfade. Siento que me he excitado, mi pequeño pene se ha puesto enorme tras recibir un bofetón de la hogaza de pan. El confeti y el estadio desaparecen. Ante mí,